

no están en sí mismos inspirados pero por supuesto necesitan de inspiración para actuar cabalmente. Es decir, para la mayoría de los humanos, cuya vida es pura dispersión, y naturalmente desesperan de ella ansiando la idea que unifique su vida. Que la vida carecería por sí misma de unidad, y por eso necesita de la forma, de la idea, es decir, necesita tanto de la inspiración como de la disciplina, esto es algo evidente para María Zambrano. De ahí la importancia que le acuerda a las Guías como portadoras de ese peculiar método capaz de informar lo que de otro modo no pasaría de ser puro caos o pesadilla de la existencia.

Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid

HUME, D.: *Investigación sobre el conocimiento humano. Investigación sobre los principios de la moral*, edición y prólogo de Jaime de Salas, traducción de Jaime de Salas y Gerardo López Sastre, Madrid, Tecnos, 2007, 477 pp.

Se acaba de cumplir el tercer centenario del nacimiento de David Hume y creo que este acontecimiento es una buena ocasión para revisar una edición reciente de las dos *Investigaciones*, que, como todo lector de Hume sabe, él consideraba sus obras más conseguidas, especialmente la segunda. Ambas *Investigaciones*, como también conocerá el lector informado, son el resultado de un intento de reescribir los libros primero y tercero del *Tratado*, de manera que fueran más accesibles para el público culto. Hume, como dice en su *Autobiografía*, tenía la idea, posiblemente equivocada, de que el *Tratado* había nacido muerto de las prensas y que eso se debía, fundamentalmente a fallos de razonamiento y de estilo, que pretendía corregir con la nueva redacción. Por eso Hume quiere, como señala en la “Advertencia” que escribió el año antes de su muerte, y mandara anteponer a una nueva reedición de los *Ensayos y Tratados* (en la que se incluían las dos *Investigaciones*)⁵ que, a partir de ese momento, dichas obras se tuvieran por la expresión definitiva de su pensamiento, frente al *Tratado*, que consideraba una obra de juventud y donde, según el filósofo escocés, de una manera desleal y malévolamente, se habrían centrado sus críticos. En una carta dirigida a Gilbert Elliot, y escrita hacia marzo o abril de 1751, volvía a advertir contra la lectura del *Tratado*: “Creo que los *Ensayos filosóficos* contienen todo lo importante relativo al entendimiento que podáis encontrar en el *Tratado*, y os recomiendo que no leáis este último. Al abreviar y simplificar las cuestiones en realidad las hago mucho más completas. *Addo dum minuo*. Los principios filosóficos son los mismos en ambos” (L, I, 158). Las diferencias entre las *Investigaciones* y el *Tratado*, sin embargo, no se reducen a una disminución del contenido y a una mejor redacción, sino que son más profundas desde una perspectiva filosófica, especialmente en la primera. Por un lado, los argumentos son más explícitos y más claros, siguiendo una línea de desarrollo sin digresiones y centrándose en lo fundamental, lo que propicia una mejor comprensión de las tesis humeanas y de las conclusiones a que llega. Por otro lado, como apunta Salas en la introducción que comentaremos más abajo, en realidad hay un cambio de acento en la manera de entender la filosofía. Se pasa de un intento de

⁵ Cfr. carta a William Strahan (*The Letters of David Hume*, ed. de J. Y. T. Greig, 2 vol., Oxford, Clarendon Press, 1932 –reimp. de 1969– [a partir de ahora citadas por la sigla L], II, 301), su editor de entonces.

elaborar una filosofía en una línea más académica (el mismo título de *Tratado*, da a entender ese intento) a exponer una filosofía en conexión con la vida, al alcance de cualquier persona culta, sin las pretensiones de sistematicidad absoluta de la obra juvenil. De ahí que ahora se trate de *Ensayos* o *Investigaciones*, no de un tratado. Eso no significa que haya un cambio en la manera de entender la misma y en los principios en que se basa, como dice el propio Hume, pero sí hay una variación en el énfasis que se pone en la perspectiva vital y social. Ese cambio de énfasis hace que estas obras reflejen mejor que el *Tratado* el pensamiento maduro de nuestro autor.

El juicio de Hume sobre estas obras es, pues, claro, son lo mejor que ha escrito desde el punto de vista estilístico y son las que contienen su filosofía de un modo más genuino y, añadiríamos nosotros, más maduro. (Por supuesto, a estas dos obras habría que sumar los *Diálogos sobre la religión natural*, que es una obra maestra en todos los sentidos, pero que nunca se publicó en vida de Hume).

La importancia de estas obras, sin embargo, no se debe sólo a lo que pueda opinar el propio autor de ellas, que siempre es un criterio discutible, sino al valor real y objetivo de las mismas dentro del conjunto de los escritos de Hume y en la historia de la filosofía. La primera *Enquiry* contiene algunas de las cuestiones capitales por las que Hume ha pasado a la posteridad, como son, por citar dos de los ejemplos más significativos, los análisis de la causalidad y los razonamientos causales y la crítica de la religión y de la teología. No es este el lugar de exponer detenidamente todo el contenido de la obra, pero si queremos resaltar que esa mayor unidad y coherencia de la obra frente al *Tratado* a la que aludíamos, la consigue Hume vertebrando la primera *Investigación* en torno a esos análisis de la causalidad y de los razonamientos causales⁶, sin apenas extenderse en otro tipo de cuestiones que lo separaría del tema principal. Esa vertebración comenzará, una vez establecido el principio empirista de que todas nuestras representaciones proceden y se basan en la experiencia, por la distinción entre dos ámbitos de conocimiento como son las relaciones de ideas y las cuestiones de hecho, señalando la irreductibilidad de unas a otras. Dado que las cuestiones de hecho dependen en gran parte de los razonamientos causales, Hume analizará la idea de causalidad que está en la base de los mismos, para ver si se fundamentan en la experiencia y lo que encontrará es que la supuesta conexión necesaria entre causa y efecto, que es la que proporciona la justificación de los mismos, no tiene ningún fundamento en la experiencia (en ninguna impresión), y, por tanto, dichos razonamientos no están justificados desde una perspectiva de la razón deductiva. Eso implica que gran parte de las cuestiones de hecho a las que llegamos a través de estos razonamientos, no están justificadas racionalmente (en el sentido deductivo de la razón). Dicho de otra manera, en el ámbito de las cuestiones de hecho no hay conocimiento universales y necesarios (es una consecuencia acorde con que el conocimiento se base en la experiencia). Ahora bien, esa conclusión no nos lleva al escepticismo radical. Primero, porque Hume ha establecido en la sección 1, que el hombre es un ser activo y eso hace que el conocimiento no sólo deba estar orientado y, en parte, supeditado, a la acción, sino también que esa característica suya le impida mantenerse mucho tiempo en el

⁶ Que la causalidad es, para Hume, el corazón del libro I de *Tratado* y de la primera *Investigación* aparece de modo claro cuando, en el verano de 1739, a los pocos meses de la publicación de los dos primeros volúmenes del *Tratado*, escribe el *Abstract* para intentar animar al público a la lectura de su obra, y dedica a resumir el tema de la causalidad un tercio largo del mismo.

estado de duda radical que conduce a la inacción. Segundo, porque la irreductibilidad que ha defendido en la sección 4, entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho hace que estas últimas no tengan que atenerse a los mismos criterios que las primeras. Y tercero, porque hay una justificación para los razonamientos causales en la experiencia pasada, aunque no sea una justificación de tipo deductivo. No cualquier razonamiento causal es válido. Sólo aquellos que se apoyan en la conjunción constante en el pasado entre causa y efecto son aceptables y dan origen a creencias naturales razonables. Por eso, para Hume, los intentos de apoyar la religión basándose en los milagros terminan en el fracaso. Un milagro es incongruente con las creencias naturales. Dado que un milagro es la violación de las leyes de la naturaleza, que han sido establecidas por “una experiencia firme e inalterable, la prueba en contra de un milagro por la misma naturaleza del hecho es tan completa como se pueda imaginar que cualquier argumento de la experiencia lo es” (p. 232)⁷. Tampoco argumentos como el de la finalidad, esgrimidos tradicionalmente para demostrar la existencia de Dios, se sostienen a la vista del análisis de los razonamientos causales realizado por Hume: “Cuando inferimos una causa determinada a partir de un efecto, hemos de proporcionar la una al otro, y nunca se nos puede permitir adscribir a la causa más cualidades que estrictamente las suficientes para producir el efecto. (...) Admitiendo, por tanto, que los dioses son los autores de la existencia o del orden del universo, se sigue que poseen justamente el grado de poder, inteligencia o benevolencia que aparece en sus obras, pero que jamás se puede demostrar más” (p. 256-7). Ni siquiera se puede argumentar la utilidad de la creencia en Dios para fundamentar la moral: “Si afirmáis que, mientras se acepta la divina providencia y una suprema justicia distributiva en el universo, debo esperar cierta recompensa para el bien y castigo para el mal, más allá del curso ordinario de los acontecimientos, encuentro aquí la misma falacia” (p. 261): atribuí a la causa, cualidades que no habéis observado en los efectos que conocemos por experiencia.

Por su parte, la *Investigación sobre los principios de la moral* deriva su importancia, en primer lugar, de su defensa de la fundamentación de los juicios morales en el sentimiento y no en la razón, que es consecuencia de una tesis humeana más general, como es la preponderancia de las pasiones sobre la razón, especialmente de cara a la acción. Este planteamiento hace que los juicios morales descansen en el sentimiento de aprobación o rechazo que surge en nosotros de modo natural ante la observación de una determinada acción o cualidad. Sería, sin embargo, un error atribuir a Hume un relativismo porque los juicios morales dependan de los sentimientos de cada uno. Los sentimiento de aprobación o rechazo que dan origen a los juicios morales, surgen de la peculiar constitución de la naturaleza humana, de la manera de ser de los hombres, con lo cual “son los mismos y producen la misma aprobación y censura” en todos los hombres (p. 400). Hume, estaría, pues, defendiendo una moral de carácter universal.

En segundo lugar, la segunda *Enquiry* adquiere su importancia de su presentación de una moral secularizada, sin referencias a otra vida⁸. Las cualidades hacia las que los hombres sienten aprobación o rechazo son aquellas que resultan útiles y agradables para los

⁷ Siempre que intercalamos el número de página en el texto se refiere a la edición que recensionamos.

⁸ Para este rasgo de la moral humeana puede verse la nota de G. López Sastre “¿Por qué son necesariamente inútiles las virtudes específicamente religiosas?”, *Telos*, I, 1 (1992), pp. 15-19 y la “Introducción” a su edición de la segunda *Enquiry*, en la colección Austral de Espasa Calpe.

demás y para uno mismo. El fundamento de tales virtudes no está, pues, en la creencia en Dios, cuya existencia ya hemos visto que Hume no cree que se pueda demostrar, ni en la creencia en la otra vida (tampoco pensará que se puede demostrar la inmortalidad del alma, aunque esa cuestión no se trate en las *Investigaciones*), sino en “una apreciación de la felicidad de la humanidad y una indignación por su sufrimiento, pues estos son los diferentes fines que la virtud y el vicio tienden a promover” (p. 417). Por eso Hume creará que la virtud tiene su recompensa en sí misma⁹ y que forma parte de ella un componente altruista fundamental, que le lleva a rechazar que su planteamiento pueda desembocar en una concepción de la moral basada únicamente en el egoísmo. “La objeción más obvia a la hipótesis egoísta –dirá– es que resulta contraria al sentir común y a nuestras nociones más exentas de prejuicios... Al observador más descuidado le parece que hay disposiciones tales como la benevolencia y la generosidad, y afectos tales como el amor, la amistad, la compasión y la gratitud. Estos sentimientos tienen sus causas, efectos, objetos y operaciones, señaladas por el lenguaje y la observación cotidianas, y distintas claramente de aquellas de las pasiones egoístas” (p. 429). En consonancia con lo dicho, el catálogo de virtudes que presenta Hume es opuesto a las virtudes religiosas: “Y así como en la vida cotidiana se admite que toda cualidad que resulta útil o agradable a nosotros mismos o a los demás es una parte del mérito personal, así ninguna otra se recibirá jamás donde los hombres juzguen las cosas de acuerdo con su razón natural y sin prejuicios, sin las interpretaciones sofisticas y engañosas de la superstición y la falsa religión. El celibato, el ayuno, la penitencia, la mortificación, la negación de sí mismo, la humildad, el silencio, la soledad y todo el conjunto de virtudes monásticas, ¿por qué razón son rechazadas en todas partes por los hombres sensatos, sino porque no sirven para nada; ni aumentan la fortuna de un hombre en el mundo, ni le convierten en un miembro mas valioso de la sociedad, ni le cualifican para el solaz de la compañía, ni incrementan su poder de disfrutar consigo mismo? Observamos, a la inversa, que van en contra de todos esos fines deseables... Por tanto, las transferimos con justicia a la columna opuesta y las colocamos en el catálogo de los vicios”(p. 397).

En tercer lugar, otro de los elementos de los que deriva la importancia de la segunda *Investigación* es del método adoptado. No se trata de establecer una moral que nos diga qué debemos hacer, sino más bien de exponer cómo actuamos de hecho los seres humanos. Hume se propone, según nos dice en la primera sección de la segunda *Enquiry*, investigar el origen y el fundamento de la moral y eso lo llevará a cabo en tres pasos: 1º) analizará las cualidades (hábitos, sentimientos y facultades) que se consideran dignas de estima y afecto o de aversión y desprecio; 2º) intentará descubrir lo que tienen en común esas cualidades estimables y esas cualidades censurables, y 3º) “desde aquí, [tratará de] alcanzar el fundamento de la ética y encontrar esos principios universales de los que deriva en última instancia toda censura o aprobación” (p. 295). Ahora bien, “como esta es una cuestión de hecho, no de ciencia abstracta, sólo podemos esperar alcanzar éxito si seguimos el método experimental e inferimos máximas generales a partir de la comparación de casos particulares”

⁹ En el ensayo “De la inmodestia y la modestia”, indica que “la prosperidad está naturalmente, aunque no necesariamente, unida a la virtud y al mérito; y la adversidad, de la misma manera, al vicio y la locura” (en *The Philosophical Works of David Hume*, ed. por T. H. Green y T. H. Grose, London, 1874-1875, vol. IV, p. 380, trad. cast. de Sofía García Martos y José Manuel Panea Márquez, en *De los prejuicios morales y otros ensayos*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 25).

(*ibid.*). Esto, sin embargo, no significa que su moral sea meramente descriptiva, sino que también es normativa. Debemos actuar de acuerdo con nuestra naturaleza, con nuestra peculiar forma de ser, no en vistas a supuestos ideales, que, por una parte, son inalcanzables dado como somos como seres humanos, y, por otra, no tienen nada que ver con nuestra vida personal cotidiana y con nuestra vida social.

Terminaremos esta breve referencia a las principales cuestiones de la segunda *Enquiry* con las palabras que el propio Hume pone en la conclusión a la misma, que condensan de una manera elocuente algunos de estos rasgos más originales y significativos de su planteamiento moral: “¿Qué verdades filosóficas pueden resultar más ventajosas para la sociedad que las aquí expuestas, que representan la virtud con todos los auténticos y más atractivos encantos, y nos hacen aproximarnos a ella con facilidad, familiaridad y afecto? Cae el lúgubre vestido con que la habían recubierto muchos teólogos y algunos filósofos; y no aparece nada, sino la gentileza, la humanidad, la beneficencia, y la afabilidad; es más, en momentos adecuados, aparece el juego, la travesura y la alegría. No nos habla de rigores y austeridades inútiles, de sufrimiento y autonegación. Declara que su único propósito es hacer a sus devotos y a toda la humanidad, durante todos los instantes de su existencia, si ello es posible, joviales y felices; y no se separa nunca de buena gana de ningún placer si no es con la esperanza de obtener una compensación amplia para algún otro periodo de sus vidas” (p. 407).

Por tanto, estamos, sin duda, ante la edición de dos de las obras más importantes de Hume tanto desde el punto de vista personal del propio autor, como desde una perspectiva más objetiva e histórica. El disponer de ediciones buenas de obras maestras de la historia de la filosofía como las que ahora se editan es un requisito necesario, aunque no suficiente, si queremos progresar en su estudio. De ahí la importancia de una edición como la que presentamos.

La edición que comentamos tiene varias virtudes nada desdeñables. La primera y más importante de ellas es que las traducciones están realizadas por dos de los mejores conocedores de Hume en España y son excelentes. Son traducciones que ya existían en el mercado por separado, pero que ahora se publican conjuntamente y con una serie de añadidos importantes. En primer lugar, a la edición de la segunda *Enquiry* se ha añadido, intercalada en el texto, la paginación de Selby-Bigge, que no existía en la antigua edición de la colección Austral de Espasa Calpe y que es fundamental para localizar las citas de la bibliografía especializada, ya que es por la que todavía se suele citar habitualmente por una gran parte de los estudiosos de Hume. Hace ya algunos años apareció una nueva edición crítica de ambas *Investigaciones* de Tom Beauchamp en Oxford University Press, formando parte de la *Clarendon Edition of the Works of David Hume*, con pretensiones de sustituir la vieja edición de Selby-Bigge, en la revisión de Nidditch, pero por el momento no lo ha logrado. En segundo lugar, a la edición que comentamos, se han añadido unos cuadros con las correspondencias entre las paginaciones de Selby-Bigge, de la Clarendon Edition y de la edición de Tecnos, que son también sumamente prácticos si se maneja bibliografía especializada. En tercer lugar, al inicio de cada sección, en notas a pie de página, se ha establecido la correspondencia con los lugares del *Tratado* que se ocupan de las mismas cuestiones. Para el estudioso de Hume estas orientaciones suponen una ayuda inestimable. Finalmente se han corregido algunas erratas y se ha mejorado en algún punto muy concreto la traducción.

Otro de los elementos que añaden valor a esta edición es la larga y excelente introducción a la filosofía de Hume de Jaime de Salas en forma de prólogo. Esta introducción nos presenta una imagen de Hume en consonancia con una línea de estudios, que tendría su momento fundacional en los artículos clásicos de Kemp Smith sobre el naturalismo de Hume de 1905 y que ha continuado con trabajos recientes como los de David Fate Norton, Richard Popkin, y, sobre todo, Livingston. Según dicha imagen, a Hume habría que leerlo como un filósofo de la vida cotidiana, que trata de insertar al lector en su circunstancia, haciendo que la reflexión filosófica adquiera una dimensión existencial y social. La comparación que se hace con Ortega, de cuyo pensamiento Salas también es un gran experto, creo que es sugerente, oportuna y adecuada. Esa lectura que se propone de Hume, encuentra apoyo en el estudio que se hace de la evolución de su concepto de filosofía hasta desembocar en una idea de la misma que reconcilia “al anatomista [que analiza y relaciona fenómenos mentales siguiendo un procedimiento inspirado en Newton] y al pintor [que trata de acercar emotivamente al espectador al fenómeno descrito, para que lo reproduzca en sí y sienta antes que comprenda], el filósofo y el hombre de mundo o de negocios, la vida cotidiana y la reflexión” (p. 46-50), y que subyace y se desarrolla en su pensamiento maduro. Como no se trata de exponer toda la introducción, sino de señalar algunos puntos que pongan de manifiesto el interés de la misma, quiero terminar las referencias a ella, aludiendo a la comparación que se hace entre las dos *Enquiries*, especialmente en lo que respecta al paralelismo que se establece entre la razonabilidad de las creencias causales, que nos crean expectativas que nos guían en la vida cotidiana, en la primera, y la convención, que hace posible la convivencia en sociedad al permitirnos actuar conjuntamente con los otros, en la segunda.

Por último, se ha añadido a esta edición de las dos *Enquiries*, una breve presentación de la filosofía de Hume de Manuel Garrido y, en un anexo, la *Autobiografía* que escribiera Hume unos pocos meses antes de su muerte y que no tiene desperdicio. La traducción es de Carmen García Trevijano, que hace años ya había realizado una traducción, junto con Antonio García Artal, del *Abstract*, para los cuadernos de la revista *Teorema*, y otra, más recientemente, de los *Diálogos sobre la religión natural*, para la editorial Tecnos. En esta edición de la *Autobiografía*, se han introducido a lo largo de la misma distintos epígrafes precedidos de las correspondientes fechas que puedan servir al lector de tabla cronológica de la vida y la obra del filósofo. Como señala el editor en la breve introducción a la misma, esta autobiografía “delata en una primera lectura la modestia del autor y en una segunda el previsor e inteligente cálculo con que este urde la imagen que desea que tenga de él la posteridad” (p. 482).

Todo esto hace que estemos ante la única edición conjunta de las dos *Investigaciones* de Hume en español y ante una de las mejores y más completas por separado de cada una de ellas. Quizás la única pega que le pondríamos es que se podría haber hecho una edición bilingüe para que fuera perfecta. En cualquier caso, esperamos que dicha edición contribuya a la difusión y al estudio del pensamiento del filósofo escocés más de lo que ha ocurrido hasta ahora en España. Hume es uno de los grandes filósofos que, por desgracia, no ha alcanzado en nuestro país un reconocimiento semejante al de otros pensadores de su talla o incluso inferiores.

José Antonio GUERRERO DEL AMO